

¡QUÉDATE EN CASA LEYENDO!

AGRUPACIÓN CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)
ATENEO DE MADRID

Doce de Junio de 2020



La Duquesita y la molinera

Cuento infantil escrito por:
Leonor Serrano

LA DUQUESITA Y LA MOLINERA (1)

Había una vez, en una gran ciudad, una Duquesita que vivía en un magnífico palacio.

Alrededor había un precioso jardín lleno de árboles, cruzado por limpios senderos y dividido en macizos de verdor cuajados de flores. En una habitación del palacio, caliente, con sus ricas alfombras y preciosos cortinajes-porque hacía frío-, la Duquesita, sentada en un blando sillón, daba lección con su institutriz.

¿Cómo se llamaba la Duquesita?

¡Alejandrina!

¿Y cómo era?

Muy jovencita. No tenía más que doce años. Sus cabellos eran rubios como el oro; sus ojos, azules como el cielo; su traje, blanco como la nieve; su cara y sus manos, suavemente pálidas como el marfil. Pero también a ratos sonrosadas, como los pétalos blancos y rosados de las flores del almendro.

Pero la Duquesita no era feliz.

Su mamá se había muerto hacía mucho tiempo.

Su papá, un Gran Duque, se había marchado a la guerra; a una guerra terrible, en donde se mataban muchísimos hombres.

Y como después de las guerras vienen las revoluciones, porque la gente se cansa de matarse y de sufrir hambre y dolores, vino una revolución muy grande. Por las calles, la gente andaba a tiros gritando, rompiendo faroles y cristales de las ventanas, sin que la policía pudiera contenerlos.

Aquel día, la Duquesita y su institutriz estaban muy tristes y daban muy mal la lección.

De repente oyeron a lo lejos un confuso rumor de voces y de ruidos extraños.

-Dios mío, ¿qué pasará? - exclamó la niña. Las dos se acercaron vivamente a la ventana.

¡Se oyó un tiro! ¡Y luego otros tiros!...Y después una multitud enorme de gente que en la calle quería abrir con gritos y empujones la puerta de la verja que rodeaba el jardín.

¡Ay de nosotras! -dijo la institutriz- ¡Los revolucionarios quieren entrar aquí! ¡Venga usted! ¿A dónde iremos? Al sótano. Allí no nos encontrarán.

Se echaron a correr, blancas de terror, hacia una pequeña escalera.

- ¡Juan! ¡Luis! - gritaban a los criados. Pero nadie acudía. Todos habían huido o estaban escondidos.

La gente había saltado la verja del jardín armada con palos, piedra, pistolas y escopetas.

-¡Ya ha venido el Gran Duque! ¡Entregadnos al traidor!...- rugían como fieras.

De repente se oyó un gran estrépito. La puerta de la casa, que estaba cerrada, se vino abajo a fuerza de palos y piedras, y una avalancha de gente penetró en la casa, se desparramó por las habitaciones, rompiendo y robando lo que podían. Un grupo de hombres descubrió el arranque de la pequeña escalera y subió por ella, encontrándose con la institutriz y la Duquesina, que temblaban, pálidas de terror.

-Dinos donde está el Gran Duque! -gritaban a la profesora.

Mientras tanto, uno, el viejo mendigo de la esquina, a quien la compasiva Duquesita solía dar limosna, le dijo a esta:

-¡Vete muy lejos de aquí! Por la puerta trasera del jardín no hay nadie.

Y cubriéndola en seguida con su cuerpo, fue haciéndola bajar algunos escalones, y por fin la pudo hacer escapar hábilmente a las miradas de sus enemigos.

Mientras en la casa ducal el infernal barullo proseguía, la Duquesina corrió desesperada hacia la puerta trasera del jardín. No encontró a nadie. Abrió la puertecilla que daba a una callejuela solitaria. Siguió corriendo...corriendo.

Parecía que tenía alas en los pies. El miedo le daba unas fuerzas prodigiosas. Salió hacia una carretera. Mas por allí pasaba un hombre con un carro y la podía ver. Entonces se decidió a tomar un pequeño camino que parecía subir hacia un monte que se divisaba a lo lejos, continuando su atroz carrera, sin detenerse apenas más que para respirar y tomar aliento...

... ¿Cuánto tiempo pasó corriendo así? Miró a su relojito-pulsera de oro, que le ceñía la muñeca derecha-. Eran las tres. Estaba rendida y tenía hambre.

Apartóse un rato al borde del camino, y se sentó en el césped. Las piernas le dolían.

¿Ahora, a dónde iría?

Por allí cerca había un árbol bastante alto. Si se pudiera subir, quizás vería algún pueblo, o tal vez por algún camino pasaría alguien a quien le pudiera preguntar, o pedir de comer.

Quiso trepar al árbol. Pero sus medias de seda, blanca, y sus blandos zapatos de negro terciopelo, se destrozaban con el roce del tronco, que le producía vivos dolores en las piernas. Sus manos finas y pálidas, se desgarraban con los pinchos de las ramas y con la áspera corteza.

Por fin, no pudo más, y se dejó caer al pie del árbol, llorando desconsolada.

¡Pobrecilla!

¿Qué haría ahora? ¿Se moriría de hambre y de frío? ¿Se la comerían los lobos por la noche?

- ¡Madre mía de mi alma-exclamó arrodillándose, fijos los ojos en lo alto y cruzando las manos-: tú que, seguramente, me estás mirando desde el cielo, pide a Dios que me ampare! ¡Que me inspire lo que tengo que hacer!

La oración a Dios, y la evocación de su pobre madre, le dio nuevas fuerzas. Levantándose animada, y continuó andando su camino, que subía hasta la cima del monte. Pronto estuvo arriba. Respiró con alegría. Entonces vió que el camino descendía, atravesando tierras labradas en rojos terrenos, que se extendían suavemente por la nueva pendiente del monte.

Al pie, allá a lo lejos, le pareció divisar algunos trechos de la plateada corriente de un río, medio oculto entre un bosquecillo de álamos de oscuro verdor, largos y estrechos.

Se decidió a bajar. Ya le debía faltar poco de aquel camino para llegar a algún pueblo, puesto que se divisaban tierras labradas.

Mas... parecía que el río estaba tan cerca, y, sin embargo, no llegaba nunca. Como ella estaba en alto, y se veía todo tan bien, las verdaderas distancias la engañaban.

Continuaba andando, rendida, hambrienta, lastimadas las manos y las piernas. Una zarzamora del camino, que le impedía el paso, le hizo un gran jirón en el traje, y no sabiendo que tenía espinas, al querer apartarla, se clavó dos en la mano.

Se hacía tarde. El sol se había ocultado ya. La noche se aproximaba, en medio de un silencio solemne, y la pobrecilla Duquesina tiritaba de miedo y de frío.

Continuó andando lentamente. La luna brillaba ya en el cielo oscuro, tachonado de estrellas, derramándose una suave luz de plata en la campiña sembrada. Por el camino, blanco a la luz de la luna, la negra sombra que proyectaba su cuerpo al andar, le parecía un bandido que le seguía los pasos. Los árboles del bosquecillo del río, ya próximo, heridos por los suavísimos rayos lunares, perforando las negruras de los espesos matorrales, proyectaban fantásticas sombras, que a ella le parecían gigantes con descomunales brazos.

Quería ser valiente, y no podía. Quería gritar, y la voz se le ahogaba en un gemido, en la garganta. Tenía sueño. Quería abrir los ojos para no dormirse, pero sus párpados se cerraban; sus manos y sus pies se helaban; cada vez veía y sentía menos... Por fin, no vió nada... Cayó pesadamente al pie de un árbol, mientras sus labios se movían llamando a su madre...

¡Pobre Duquesita! ¡La de las trenzas de oro, la de los ojos azules, la de la cara blanca y rosada como los pétalos del almendro en flor! Sus manos de marfil, que hacían bellos bordados, y al piano arrancaban notas melodiosas, no han sabido asir el tronco de un árbol, ni apartar una punzante zarzamora. Su frágil cuerpecillo de muñeca de porcelana, ¿resistirá al lecho húmedo y frío de la tierra en invierno, y a la dura cabecera de las raíces del árbol que le cobija? Sus ojos azules de inocente mirar ¿cuánto tiempo guardarán la visión espantosa de aquellas fantásticas siluetas, caprichos de los rayos de luna en la fantasía de los niños miedoso?

¡Duquesita! ¡Duquesita! ¿Por qué no aprendiste a ser fuerte y valiente, que hace tanta falta para vivir?

A la mañana siguiente, Isabel, la molinerita, sacaba a pacer sus quince vacas a las orillas del río.

Era la tercera hija de Juana la molinera, que sabía espabilar de lo lindo a sus tres muchachas, María, Antonia e Isabel.

Ella era la más pequeña. Tenía trece años. Bajita, pero ágil y graciosa, sus mejillas eran rojas como la grana, sus ojos negros como el azabache y relucían de inteligencia, como relucen los espejos heridos por los rayos del sol.

Aquella mañana, después de dar de comer a las gallinas, después de limpiar la conejera y traer de las cercanías hierba fresca para los conejos, recibió de su madre el encargo de aprovechar la mañanita de sol tan hermosa que se presentaba después de tantos días de lluvia, para que las vacas, tanto tiempo encerradas en el establo, salieran a pacer a los juncales próximos.

Una vaca se alejó demasiado de sus compañeras, internándose por el bosquecillo de álamos. Isabel aproximóse palo en mano para recoger a la descarriada, cuando vió un bulto blanco al pie de un árbol.

- ¿Qué es aquello? ¿Una niña? -exclamó asombrada.

Acercóse y la fue tocando cuidadosamente.

-No está muerta, no, que respira. Pero está helada. ¿Cómo la calentaré?

La cogió en sus robustos brazos, y con infinitas precauciones la llevó fuera del bosque, sentándose con ella en el regazo, a pleno sol.

- ¡Ven, Brillante! ¡Aquí, Pajarilla! -gritó con todas sus fuerzas.

Acudió en seguida, alegre y retozón, Brillante, un perro negro y lustroso como el azabache. Acudió después lenta y majestuosa, Pajarilla, una vaca rubia con manchas oscuras en la frente y en la espalda, que era la favorita de la molinera. La seguía siempre, tan dulce y cariñosa como el perro, mirando constantemente a su amita con aquellos sus tiernos ojos, húmedos y tristes, que suplicaban una caricia.

- ¡A ver! Sentaos aquí, muy cerca de mí. Todos juntitos, para que calentemos a esta niña.

Los animales obedecieron.

Entonces ella se quitó una gruesa capa de paño, envolvió a la niña, y levantándole la cabeza y aproximando el pezón de la vaca a su boquita de grana le hizo exprimir una leche dulce y caliente.

Alejandrina abrió los ojos.

- ¡Bebe! ¡Bebe que está muy buena! Tienes hambre y frío, ¿verdad?

La niña contestó que sí con la cabeza, sin fuerzas para responder.

Siguió así un ratito bebiendo leche. Sus ojos se iban poco a poco animando, y un dulce calor se extendía por su cuerpo aterido.

- ¿Tienes más ganas?

-Si-murmuró con débil voz.

-Bueno, espérate un poco, entre el perro y la vaca. ¿Oyes, Brillante? ¿Y tú, Pajarilla? ¡Quietos aquí! Yo voy a ver si tengo suerte.

- ¿Qué iba a hacer?

Se descalzó y se metió por entre las piedras de las orillas del río, levantándolas y buscando sin cesar. Alejándose bastante, se metió más hacia en medio de la corriente, hasta que, al fin, levantando la mano enseñó algo a lo lejos, gritando:

- ¡Ya tengo una!

Salió del río, se calzó de prisa y vino a la niña, enseñándole un pez negruzco, de más de un palmo de largo, que acababa de coger.

- ¿Ves? Es una trucha. Se esconden entre las piedras de algunos ríos. Les gusta, sobre todo, el agua muy limpia, la de los ríos en su nacimiento. Pero no creas que se pescan muy fácilmente. Al meterse uno en el río, ha de apartarse de en medio y de las grandes hondonadas, que es por donde va más fuerte la corriente.

- ¿Con qué la has pescado? -murmuró débilmente Alejandrina.

-Con las manos. He cogido dos más, pero se me han escapado. ¡Se escurren con una facilidad!... Ahora encenderemos fuego y la asaremos. Luego te la comerás con pan, tengo un trozo del desayuno de esta mañana.

- ¿Y con qué harás fuego?

-Voy a ver si encuentro un pedernal.

En efecto, al poco rato de buscar halló una piedra durísima, de color de cera y gris, con los bordes cortantes y traslucientes.

Sacóse una navajita de acero del bolsillo, y con un trapito que por casualidad llevaba, poniéndolo sobre la piedra empezó a golpear con el canto de la navaja. Saltaron chispas brillantes, y por fin se encendió el trapo.

Aproximó en seguida unas cuantas ramas secas, y soplando con sus potentes pulmones, pronto se encendieron las ramas con una llamita viva y alegre.

- ¡Cuántas cosas sabes! -exclamó admirada Alejandrina.

-No mucho. Fui dos años a la escuela, y allí me enseñaron a leer y a escribir. Pero murió el pobre padre, y como no teníamos hermanos, madre, para no vender el molino, tuvo que enseñarnos bien a trabajar. Mis hermanas tienen más fuerza que yo. ¡Cargan con unos costales de trigo y de harina!...

Pero yo, según dice madre, tengo más ocurrencias. Siempre me llaman a mí para salir de algún apuro.

La molinerita, mientras hablaba, iba tostando el pez, clavado en la navaja a guisa de asador, después de bien limpio por dentro y raspadas las escamas.

-Ya está. Toma, cómete con el pan, ahora que está calentito.

Alejandrina lo comió con verdadero deleite. Le parecía riquísimo. Un dulce bienestar se extendía por su cuerpo con aquellos manjares calientes y aquel fuego bienhechor.

Se levantó para desentumecer sus piernas. Se sentía animada.

- ¿Y ahora a dónde vas?

-No lo sé.

- ¿De dónde vienes?

-De la ciudad.

- ¿Te has escapado de tu casa?

-Sí; porque entraron muchísimos hombres buscando a mi papá para matarle y creí que me matarían a mí también.

Entonces le contó detalladamente su terrible historia y su triste viaje.

Isabel la escuchaba con los ojos muy abiertos, a la vez aterrada y compadecida.

-Bueno; no tengas miedo. Vente conmigo al molino. Madre es muy buena y permitirá te quedes con nosotras hasta que te encuentre tú papá.

Se disponían a andar, cuando se fijó en el gran jirón de su vestido.

- ¿Cómo te has hecho eso?

-No lo sé.

-Ven que te lo cosa. Yo, cuando me marchó fuera de casa, siempre llevo una aguja con hilo en la blusa. En el molino ya te lo arreglaré mejor.

Rápidamente dejó arreglada la falda del vestido de la Duquesita.

-Ahora tengo mucha sed.

La molinerita con asombrosa celeridad, buscóse un papel en el bolsillo, hizo un cucurucho y se marchó al río, trayéndolo al poco tiempo lleno de agua.

- ¡Bebe, bebe! - le decía afectuosa.

Después de satisfecho su apetito y apagado su sed, la Duquesita miróse tristemente las manos llenas de rasguños.

- ¿Qué tienes ahora?

-Me duelen mucho. Y las piernas también.

- ¡A ver!

Miró despacio las manos y las piernas de la infeliz niña. Estaban todas llenas de arañazos y en parte despellejadas. En una mano tenía clavadas dos espinitas, y en una pierna una astilla, seguramente incrustada al bajar del árbol.

-Eso no es nada. Con la aguja ya te las sacaré.

Y se puso manos a la obra. La Duquesita, alegre y agradecida se dejaba hacer.

- ¡Qué buena y qué lista eres! Yo te querré mucho siempre porque me has salvado.

-No, mujer. Tú también hubieras hecho lo mismo. Pobres y ricos, todos somos hermanos. ¿Qué hemos de hacer, sino ayudarnos los unos a los otros?...

Cuando Juana la molinera vió llegar, asomada a la ventana de arriba, antes de la hora, al perro, siempre alegre y retozón, y luego las vacas, y luego, en fin, a Isabel, que sudorosa y jadeante, traía cargada a cuestas a la pobre Duquesita, bajó apresuradamente a la puerta del molino.

- ¿Quién es esa niña, Isabel? ¿Qué ha pasado? -exclamó con ansiedad.

La molinerita apenas podía hablar de cansada que estaba.

- ¡Antonia! ¡María! - gritó a sus hermanas-; venid que os lo contaré todo.

Las hermanas acudieron.

-Tráele una silla a esta niña que está muy cansada.

-Madre no me riña, que le diré la verdad.

Y entonces, con voz tierna y conmovedora, empezó a referir ante las tres la desgraciada historia de la Duquesita, reducida en veinticuatro horas, de la más espléndida opulencia a la más espantosa miseria; corriendo desesperada, con las fuerzas sobrehumanas que a veces da el miedo, a través de carreteras, caminos y bosques, arañada y dolorida, espantada en medio de la noche, cayendo al fin, entumecida por el frío y desmayada de hambre y cansancio, al pie del árbol, en donde pasó medio muerta aquellas tremendas horas de la madrugada.

La buena molinera la miraba compadecida.

-Bueno. Quédate aquí con nosotras hasta que Dios quiera.

Isabel se abalanzó al cuello de su madre, comiéndosela a besos.

- ¡Ves qué suerte es tener una madre! -exclamó inconscientemente.

La Duquesita callaba y lloraba.

Rápidamente sacó su reloj-pulsera de oro, quitóse también los pendientes y se los ofreció a la molinera.

-No, hija mía, no-contestóle la honradísima Juana-. Estas riquezas no son tuyas aún, pues eres muy niña, incapaz de apreciar su valor, ni de poseerlas. Tú eres de tu papá. El día que te encuentre, has de tener todo lo que tenías cuando viniste.

-Entonces, ¿qué haré yo por ustedes?

-Nos ayudarás a trabajar, y así aprenderás tú misma.

Porque ya lo ves: los honores y las riquezas, los demás los dan, los demás los quitan. Pero el propio valer, conquistado por el esfuerzo, va con nosotros a todas partes y nadie nos lo puede quitar.

Ahora necesitas dormir. Quizá estás enferma. Ven que te lleve a la cama.

Y aquella mujer, de alma fuerte y sencilla, como su hija, llevó a la mejor cama a la pobre Duquesita, la arropó bien, la besó en la frente y la dejó dormir plácidamente.

¡Qué diferente era la vida de la Duquesita Alejandrina ahora al lado de su amiguita Isabel!

Juntas se levantaban al rayar el alba. Juntas se arreglaban, almorzaba, hacían sus camas y barrían el cuarto.



Luego se marchaban alegres por la campiña a buscar hierba fresca para los conejos. Cuando se la llevaban al corralillo ¡cómo se asomaban todos en seguida las cabecitas tan vivas y los ojos tan despierto, tiesas las grandes orejas, moviendo sin cesar los hociquillos húmedos y rosados, que a veces hasta rozaban las propias manos de las niñas cuando impacientes y atrevidos se acercaban algunos a quitarles las hierbas que traían!

Un día la sorpresa de la Duquesita no tuvo límites. Habían nacido nada menos que ocho conejitos chiquitines, acurrucados como puños, con los ojitos cerrados. Ni uno solo se murió, pues ya tuvieron ellas buen cuidado de ponerlos con sus padres en el mejor sitio, el más soleado, y luego tener siempre la conejera limpia, y el agua limpia pues ¡es tan importante el sol y la limpieza para los chiquitines! Y luego, a la madre, las hierbas más escogidas, las más frescas, salpicadas todavía de menudas gotitas de rocío.

Pues ¿y el cuidado de las gallinas y los patos?

- ¡Pío, Pío! -gritaba por las tardes la molinerita.

Y entonces acudían, sin saber cómo, gallos, pollos, patos y gansos.

Los unos, desde los bordes del río; los otros, desde los rincones de los campos; otros, en fin, desde los alrededores de la casa. No faltaba ni uno. Los patos y gansos, con los lentos movimientos de sus patas anchas como una palma; las gallinas, con su ligero correar y su eterno picotear, seguidas de cerca por cada una de sus grandes familias de pollitos, tan alegres y tan listos que, desde que agujereando por dentro ellos mismos el huevo, salían a la luz por vez primera, ya sabían ellos solos picotear y buscarse los granitos.

Pero lo más interesante era el molino. La Duquesita se admiraba de cómo echando los granos de trigo sobre las inmensas piedras redondas llamadas muelas, se ponía una de ellas a girar sobre la otra con el ímpetu enorme que le daba un salto de agua desviado del río al caer en turbulenta catarata deshecha en blanca espuma, arrastrando con su fuerza a la piedra. Así se trituran los granos de trigo, luego se cribaban, y finalmente, se recogían convertidos en blanquísima harina.

Otras veces sacaban a pastar las vacas y se marchaban lejos bordeando el río. Leían libros y escribían con lápiz en papeles que a propósito llevaban y entonces la Duquesita gozaba explicando a su amiga muchas de las cosas que leían y escribían. Así la una aprendía de la otra.

...Pasaron varios meses. La Duquesita, alegre y sonrosada, parecía encontrarse a gusto en su nueva vida. Sin embargo, a ratos quedábase triste y pensativa.

-Diga usted-le dijo una vez a Juana la Molinera-, ¿Cómo me las arreglaría yo para saber algo de mi papá? La molinera reflexionó.

- ¿Y si escribieses al alcalde del último pueblo en donde estuvo en la guerra? Quizás supiera algo.

- ¡Es verdad!...

Una tarde de mayo florido, Juana la Molinera, con sus tres hijas, María, Luisa, e Isabel, y también la Duquesita, cosían sentadas a la sombra del verde emparrado que encuadraba la puerta del molino. Los rayos del sol poniente, atravesando la alegre espesura de las hojas de parra, hacían sobre el suelo, bien barrido y regado, lo más caprichosos dibujos, que asemejaban a una alfombra de tonos grises y dorados. Isabel tataraba una canción sin interrumpir su costura. Un jilguero, en su jaula, picoteaba las vecinas hojas de los rosales y geranios cuajados de flores que trepaban desde los tiestos de la próxima ventana.

Una blanquísima cortina, cubriendo la puerta, ondulaba suavemente con la brisa de la tarde.

De repente, oyeron el galopar de unos caballos. Levantaron vivamente la cabeza y a poco vieron aparecer tres jinetes, que se apearon presurosos.

- ¡Papá! ¡Papá! -gritaba Alejandrina, saltando y corriendo loca de alegría. - ¡Es mi papá!

- ¡Hija mía! -exclamó uno de ellos, el que parecía ser el amo. - ¡Por fin te encontré! Ahora ya no nos separaremos más. Todavía somos ricos. Nos marcharemos al extranjero hasta que pase la revolución, y quizás aún vivamos felices.

- ¡Isabel! -exclamó la Duquesita-. ¡Vente conmigo! Ya verás cómo te gustan nuestros salones, y papá te comprará unos vestidos preciosos.

-Sí, hija mía, sí. Vente, y Alejandrina tendrá una hermana. Yo sabré recompensároslo todo como os lo merecéis.

- ¡Ay, no! ¡Yo no dejo a mi madre y a mis hermanas aquí solas! Además-exclamó pensativa-, ¿y si viene otra revolución? Madre te dijo cuando viniste: los honores y las riquezas los demás los dan, los demás los quitan; pero el propio valer, alcanzado con el propio esfuerzo, nadie lo puede quitar nunca.

-Quizás tengas razón, hermosa niña- exclamo el Gran Duque-. Alejandrina te ha enseñado lo que dicen los libros, pero tú le has enseñado a ella lo que puede la bondad del alma y el trabajo constante.

LEONOR SERRANO

(1) Este cuento ha sido extraído del libro LOS MÁS BELLOS CUENTOS INFANTILES, Volumen primero. COLECCIONES “INFANCIA”, Madrid.

Portada e ilustración de FEDERICO RIBAS



ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO DE MADRID

Calle del Prado, 21 - 28014

www.ateneodemadrid.com

AGRUPACIÓN ESPECIAL CARMEN DE BURGOS

Link: www.ateneodemadrid.com/El-Ateneo/Organizacion-Interna/Agrupaciones/Agrupacion-Especial-Carmen-de-Burgos-Colombine

Contacto: info@colombine.es

1820
ATENEODEMADRID
2020